

Primera Parte: Los contextos

I Contexto internacional actual

Hasta finales de los años ochenta, la estabilidad y seguridad del sistema mundial estaban definidas en términos políticos y militares. Los Estados Unidos y la Unión Soviética garantizaban una “paz” nuclear y mantenían el orden en sus respectivas áreas de influencia, lo que, sin embargo, no les impedía acompañar o atizar sanguinosos conflictos en la periferia. En cada campo, los bloques estaban apuntalados por un conjunto de instituciones tanto militares –la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y el Pacto de Varsovia– como económicas –el Consejo de Ayuda Económica Mutua (Comecom) y los acuerdos de Bretton Woods. El repentino derrumbe de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) hizo desaparecer la competencia ideológica, política y militar entre sistemas opuestos, y pareció despojar al mundo de parámetros geopolíticos y a muchas de las instituciones internacionales de su razón de ser originaria. Se abrió desde entonces una transición que ha hecho el contexto global menos estructurado, más inestable y

muy cambiante. Para insertarse mejor en ese complejo mundo en construcción con el que arranca el nuevo siglo, Colombia y Venezuela están en la necesidad perentoria de construir de manera conjunta sus estrategias internacionales.

I. NUEVAS ESTRUCTURAS PROVISORIAS DEL PODER MUNDIAL

En la euforia que siguió a la caída del muro de Berlín, se llegó a pensar que las armas habían perdido su peso en la definición de los asuntos mundiales frente al nuevo poder de la ciencia, la tecnología y la economía. Sin embargo, hechos como la guerra del Golfo, las pruebas nucleares de Francia, China, Pakistán y la India, el mantenimiento y expansión de la OTAN hacia las fronteras de Rusia y, sobre todo, la guerra de la OTAN en Kosovo, realizada en contravía del derecho internacional, de la Carta de las Naciones Unidas y de los principios de la misma OTAN, han deshecho la ilusión. Al menos en la definición del poder y la seguridad globales, las armas siguen teniendo la palabra.

Se dibuja, así, un nuevo mapa de tensiones globales. El aparente triunfo de la OTAN, en Yugoslavia, podría impulsar el proyecto hegemónico global de Occidente, dirigido por Estados Unidos. El único Estado "supersoberano" de hoy busca imponer, con la ayuda de otros Estados "soberanos", su ordenamiento liberal y democrático a una vasta periferia de soberanías subalternas. Pero la incursión abusiva de la OTAN ha estimulado el resentimiento de los pueblos eslavos, Rusia, Bielorrusia, Ucrania y Serbia. A este panorama se suman las nutridas manifestaciones de protesta de los chinos y el relativo distanciamiento de su gobierno frente a Estados Unidos, motivado por la destrucción de su embajada en Belgrado y la muerte de varias personas, víctimas de un misil de la OTAN.

Estados Unidos es hoy el único país que reúne todas las características de una gran potencia: un poder económico y militar sin parangón y un esquema de valores con pretensión universal. Con todo, ni siquiera Washington está en condiciones de garantizar por sí solo la estabilidad del sistema mundial. Por ello, en asuntos de interés global, la hegemonía bipolar va siendo suplida por cambiantes combinaciones entre distintas potencias del Norte, dirigidas por Estados Unidos. Estas combinaciones regulan los así llamados "regímenes internacionales" de seguridad, comercio, finanzas, desarme y proliferación de armas.

1.1 Combinaciones entre Estados del Norte

Entre las distintas naciones que componen un Norte diverso, prevalecen, a finales de los años noventa, cinco combinaciones interestatales con incidencia global.

En asuntos de seguridad regional y global, Estados Unidos recurre discrecionalmente, bien sea a la OTAN (como en Yugoslavia), a un abanico de aliados occasionales que operan con el aval del Consejo de Seguridad de la ONU (como en la guerra del Golfo), o incluso a sus propias fuerzas militares (en las dos últimas incursiones a Irak), contando siempre con

el aval expreso o tácito de la Unión Europea (UE) y de Japón.

Por el momento, Estados Unidos y las demás potencias han definido una nueva serie de difusas amenazas a la seguridad y estabilidad mundiales, como el narcotráfico, la corrupción, el terrorismo, la violación de los derechos humanos o la destrucción del medio ambiente. Teniendo en cuenta que no se trata ya de amenazas interestatales, sino de complejos problemas sociales internos o transnacionales, éstos son fácilmente manipulables por el "supersoberano" y sus asociados en función de sus propios intereses. Varios de estos asuntos interesan directamente a Colombia y Venezuela.

En el campo económico reviste gran importancia la coordinación entre Estados Unidos, Japón y las principales economías europeas, sobre todo la de Alemania. A través del así llamado Grupo de los Siete (G-7), ahora conformado por ocho miembros, con la adición de Rusia, la "tríada" procura coordinar las economías más fuertes con el propósito de regular y orientar la economía mundial. Sin embargo, el empuje económico de Estados Unidos en los años noventa ha dejado casi toda la iniciativa en manos de Washington. Sus orientaciones globales se plasman en la Organización Mundial del Comercio (OMC). Venezuela y Colombia hacen parte de esa organización y sus economías dependen, en mayor o menor grado, de las pautas impuestas por las grandes potencias.

En el comercio mundial y la seguridad asiática tiene importancia la combinación nipo-norteamericana. Pero esta combinación se ha visto afectada por la prolongada recesión económica del Japón, concediéndole un mayor peso a Estados Unidos.

Europa está presente en el campo del comercio y las finanzas mundiales y de la ayuda al Este, pero es casi inexistente en el campo de la defensa, incluso europea. Sin embargo, hay que señalar que, por iniciativa europea, en particular de Alemania, Francia e Inglaterra, Estados Unidos y la OTAN se embarcaron en la

guerra de Kosovo. La cumbre de mandatarios de Europa y América Latina, realizada en Brasil a mediados de 1999, podría estar manifestando cierto interés de Europa por estar presente en esta región del mundo y hacerle algún contrapeso, de carácter subordinado, a Estados Unidos.

Finalmente, subsiste todavía una combinación ruso-estadounidense, ya totalmente ausente de la seguridad regional y global y del campo económico, pero "competente" en asuntos de desarme nuclear. Sin embargo, esta combinación se ha debilitado sensiblemente tras la incursión de la OTAN en Kosovo, en contra del parecer de Moscú.

1.2 Recentramiento de los países del Sur

A la par con este reordenamiento del Norte, en un Sur igualmente diverso se viene produciendo un relativo "recentramiento" regional, en torno a potencias medias con aspiraciones hegemónicas, como lo son África del Sur, Siria e India, para citar solamente a algunos de los países principales. En América Latina, Brasil pretende extender su influencia continental a partir de su alianza con Argentina y otros países en el Mercado Unificado del Sur de América Latina (Mercosur). La Comunidad Andina de Naciones (CAN), de la que hacen parte Venezuela y Colombia, se ha manifestado a favor de una forma de articulación con ese importante mercado subregional. Ante las dificultades que presenta una negociación conjunta, Brasil ha buscado acuerdos bilaterales con la Comunidad, mientras Venezuela, a su vez, ha sugerido su deseo de negociar directamente su vinculación comercial con Brasil.

Pero tanto las combinaciones interestatales del Norte como los nuevos bloques de poder regional en el Sur carecen de solidez institucional. Constituyen soluciones de emergencia ante la actual incertidumbre y siguen el ritmo de la evolución mundial. Por ello, conviene considerar más bien las tendencias fundamentales que subyacen tras estas evoluciones y que podrían estar apuntando hacia un nuevo sistema mundial.

2. DOS TENDENCIAS DOMINANTES: INTEGRACIÓN Y FRAGMENTACIÓN

La desaparición de la Unión Soviética liberó una doble tendencia contradictoria que ya estaba en curso a nivel global: de una parte, aceleró los procesos de integración regional y mundial (o globalización) y, de otra, la fragmentación del espacio nacional e internacional. Lo paradójico es que la misma tendencia fundamental a la globalización es la que genera su contraparte, la fragmentación.

La globalización no se reduce a los procesos de integración económica entre todas las naciones del mundo. Se manifiesta también en las demás instancias de la vida social: en la economía, la política, la cultura y las relaciones sociales. Pero en cada una de esas dimensiones se están produciendo, concomitantemente, fuerzas opuestas que empujan hacia la fragmentación de la población nacional, regional y mundial. Estas dinámicas opuestas ponen en entredicho al Estado-nación, tradicional punto de apoyo del sistema internacional, al menos en los países menos avanzados.

2.1 Globalización y fragmentación económica

En las relaciones económicas internacionales están en marcha dos grandes procesos: el primero tiene que ver con el horizonte mundial de producción y circulación de los bienes y los capitales (la globalización económica), y el segundo, con la fragmentación del mercado global en conjuntos regionales y subregionales.

La primera dimensión de la actual mutación histórica mundial consiste, pues, en la globalización de la actividad económica y financiera. Es cierto que el capitalismo ha tenido, desde sus inicios, una vocación global. Pero la revolución informática y empresarial iniciada en los años setenta está produciendo una mutación cualitativa en este proceso, que inaugura, no un nuevo sistema económico y social, pero sí una fase muy distinta de la civilización mundial.

La informática es una fuente inagotable de nuevas tecnologías, las cuales apenas están iniciando un proceso de cam-

bio de la tecnoestructura mundial, que, además, será continuo e incesante. El impacto de la informática ha sido ya espectacular en el campo de las finanzas, y se extiende a todas las dimensiones de la actividad económica. No sólo revoluciona la circulación de los bienes, sino su misma producción, cada día más dispersa y rearticulada en el mundo entero. Pero la transformación más significativa proviene de la aplicación de la informática a la organización y gestión empresarial. Ella permite el nacimiento de la empresa mundial, que trabaja en red, descentralizada y no jerarquizada.

La globalización, impulsada por las economías centrales, presiona a todas las naciones. El Sur y el Este deben "ajustar" sus economías a las condiciones internacionales del mercado. Ninguna economía puede evadir este proceso. Así lo demuestran China y Cuba, que avanzan cautelosamente por el mismo camino. La desaparición de la URSS se debió, en buena medida, a la incapacidad para insertarse eficazmente en este nuevo esquema. Y, salvo un derrumbe del sistema financiero mundial, hoy en alguna medida amenazado, la globalización seguirá siendo la tendencia dominante en la evolución de las economías nacionales durante las próximas décadas.

Esto no quiere decir que la globalización económica abarque por igual la actividad productiva de toda la población mundial. La "economía-mundo" no vincula sino a los países industrializados del Norte y, en alguna medida, a reducidas zonas y élites del Sur y del Este. Pero, aun así, la tendencia a la globalización de los flujos económicos es la fuerza predominante del mundo contemporáneo.

Frente a la presión de los mercados globales, las economías nacionales buscan su integración en conjuntos más reducidos. Estos bloques regionales tienen un objetivo ambiguo. Son, a la vez, mecanismo de defensa de las economías nacionales frente a los mercados globales y escalón para una mejor integración en ellos. No es fácil saber si, finalmente, se disolverán en los circuitos mundiales o permanecerán como instancias interme-

dias entre las economías nacionales y el mercado global. Como quiera que sea, la conformación de conjuntos subregionales y regionales esboza una economía fragmentada, al menos en tres tipos de bloques.

La Unión Europea, hoy liderada por Alemania, ha sido la precursora de esta tendencia y es la expresión más importante de la misma. Avanza también la unificación del mercado de América del Norte, el *North American Free Trade Agreement* (NAFTA), que tiene por centro a Estados Unidos y vincula a Canadá y México. Por su parte, sin forma institucional definida, Japón articula cada vez más al Asia del Este y extiende su influencia hasta Australia.

Por iniciativa de algunas potencias del Norte, está en marcha, asimismo, la conformación de bloques con sus vecinos menos desarrollados del Sur. En este sentido, la administración Bush formuló la Iniciativa para las Américas, que busca articular, mediante acuerdos bilaterales, a las naciones de Latinoamérica al gran mercado norteamericano. En la cumbre realizada en Miami en 1994, el presidente Clinton propuso la conformación del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) a partir del 2005. Este proyecto, inspirado en las grandes líneas del NAFTA, se ha visto, sin embargo, entorpecido por la oposición republicana y de algunos demócratas que expresan los temores de diversos sectores sociales norteamericanos. En un sentido similar, la UE sirve, a su vez, de eje articulador entre Europa del Este, el Cercano Oriente y el Sur mediterráneo y africano. Como es claro, Colombia y Venezuela están inscritas en el área de influencia de Estados Unidos, del NAFTA y de un eventual ALCA.

Finalmente, para hacer frente a la evolución y las iniciativas del Norte y, a la vez, para insertarse mejor en ellas, los países del Sur han emprendido también procesos de regionalización, que, en algunos casos, se han quedado en el papel. La tendencia se manifiesta en procesos tan diversos como la Unión del Magreb en el Norte del África, la evolu-

ción de la Asociación de Naciones del Sureste de Asia (ASEAN) en el sur del Asia, las iniciativas en torno al Báltico y el Adriático, el Mercosur con Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay; el Grupo de los Tres (G-3) con México, Venezuela y Colombia; la CAN con Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia; el Mercado Común Centroamericano, la Comunidad Caribe (Caricom), la Asociación de Estados del Caribe, etc. Venezuela y Colombia hacen parte activa de varias de estas iniciativas.

A través de la expansión del Mercosur, Brasil busca crear un mercado unificado (una especie de *South American Trade Agreement*, SAFTA), que mantiene estrechas relaciones con la Unión Europea, y que debería estar en condiciones de negociar después, corporativamente, su vinculación al NAFTA. Sin embargo, la profunda crisis financiera del Brasil ha obligado a este país a postergar sus planes y ha generado tensiones comerciales con Argentina, su socio principal. Una eventual integración unilateral de Argentina al NAFTA, una dolarización completa o una profunda crisis de su economía podrían arruinar el proyecto brasileño.

Colombia y Venezuela son el motor de la CAN. El intercambio comercial y las inversiones recíprocas se han incrementado en una proporción muy superior a las de los demás intercambios subregionales. Sin embargo, las distintas crisis internas por las que atraviesan ambos países están creando dificultades crecientes en este proceso. Superar las dificultades internas sin menoscabar los avances de la integración es un imperativo para Santafé de Bogotá y Caracas, si aspiran a contar en la dinámica hemisférica y a obtener de ella un mayor beneficio.

La economía mundial aparece entonces concentrada en tres centros de decisión: Estados Unidos, Japón y Alemania (la zona del euro). Si el Sur –e incluso el Este– quiere subsistir en una economía global cada día más competitiva, debe “ajustarse” rápidamente a las normas fijadas por el Norte.

Los países del Sur sólo disponen hoy de dos estrategias: revitalizar los conjun-

tos regionales con miras a su articulación corporativa en un gran mercado del Norte, o negociar aisladamente su vinculación privilegiada al mercado de una potencia del Norte. Lo más conveniente sería fortalecer los mecanismos de integración subregional y regional para negociar después la inserción corporativa en los grandes mercados del Norte. Este procedimiento gradual les concedería un mayor poder de negociación. Sin embargo, no pocos países latinoamericanos y caribeños parecen preferir su pronta incorporación individual y subalterna a un gran conjunto, y no esperar a la consolidación de los grupos regionales. Así, México se insertó afanosamente en el gran mercado de Estados Unidos y Canadá; Chile ha estado buscando algo similar y la Argentina de Menem podría estar aspirando también a ello. Venezuela y Colombia lo intentaron, sin mucho éxito, a través de la constitución del área de libre comercio del G-3.

La tendencia a la globalización y liberalización de las economías es hoy dominante. Falta ver, sin embargo, si la turbulencia financiera de finales de los años noventa, originada por el retiro masivo de capitales invertidos a corto plazo en los mercados emergentes, pone en crisis el modelo, o si el neoprotecciónismo incipiente, en algunos países afectados por la crisis, conduce a un estancamiento prolongado o a una involución más o menos duradera de los procesos de integración económica. Pero aun en ese caso, sólo podrá tratarse de un fenómeno transitorio, porque una economía cada vez más basada en tecnologías de punta altamente costosas, pero de las que nadie quiere ni puede prescindir, requiere mercados globales para su reproducción y estimula la integración global de casi todos los sectores de la actividad humana. Las economías de Colombia y Venezuela no pueden evadir este reto y sólo conjuntamente podrían enfrentarlo con algún éxito. Y aun en el caso de un desaceleramiento transitorio de los procesos de integración regional y mundial, la vinculación y fortalecimiento recíproco de sus economías es una condición indis-

pensable para su desarrollo y la mejor escuela para la dinámica integracionista que, tarde o temprano, habría de renacer. La integración de las dos economías es un destino histórico.

2.2 Globalización y fragmentación política

La globalización también tiene su equivalente en el terreno de la política. Mientras existió la Unión Soviética el mundo aparecía dividido en dos campos ideológicos y políticos irreconciliables. La desaparición del comunismo hirió de muerte la competencia ideológica. Hoy, la democracia y el mercado han impuesto su legitimidad en el mundo. Desde luego, esto no significa su expansión universal. El derrumbe del comunismo no asegura la instauración de la democracia en el mundo. En muchas regiones sus valores son rechazados o reducidos a formas y ritos sin verdadero contenido. Pero la nueva situación define, desde el punto de vista de las potencias, una "problemática mundial legítima", y genera una fuerte presión internacional favorable a la democracia y el mercado. Hechos tan diversos como la intervención de la OTAN en Kosovo, la creación de la Corte Penal Internacional o el proceso contra Pinochet en España y el Reino Unido apuntan, entre otras cosas, a dejar en claro este principio.

Pero, mientras el mercado y la democracia impulsan a la integración global, las tensiones sociales, canalizadas a través de la etnia, la cultura y la nacionalidad, tienden a la fragmentación política del sistema internacional, y son hoy aprovechadas por muchos dirigentes como un recurso central de movilización colectiva. Los graves desequilibrios sociales e internacionales, que está creando la globalización, encuentran en la etnia, la cultura y la exaltación nacionalista un nuevo canal de expresión y resistencia.

La reivindicación de la identidad cultural adopta formas muy diversas: repliegue sobre microidentidades locales, rechazo de integraciones, reafirmación de las nacionalidades en contra o por encima de los Estados-naciones, conflictos

entre naciones menos avanzadas. La exaltación de las nacionalidades es particularmente fuerte allí donde las identidades étnicas y culturales se nutren de una muy larga tradición. Yugoslavia es hoy el caso más dramático, pero casi todas las naciones de Europa, Asia y África sufren profundas tensiones internas, derivadas del conflicto de nacionalidades.

En América Latina este tipo de tensiones son menos intensas, probablemente porque ha convivido con ellas desde la Conquista, porque el mestizaje de la población las desdibuja y porque el tiempo histórico de las naciones es aún corto para la consolidación de fuertes identidades y tradiciones. Pero la exaltación de la nación puede convertirse en un peligroso recurso para dirigentes políticos latinoamericanos que, presionados por las tensiones sociales internas, busquen desviar la atención de la población hacia conflictos externos. Algo similar aconteció ya en la reciente guerra entre Perú y Ecuador. Los pueblos de Venezuela y Colombia deberían desarrollar una actitud vigilante frente a todo intento similar.

2.3 Globalización y fragmentación comunicativa

La información y las comunicaciones son también, a otro nivel, dinámicos agentes de la globalización. Fenómenos como el creciente enjambre de satélites o las telarañas de fibra óptica entrelazan el mundo por la TV, los teléfonos celulares o Internet, creando una comunidad virtual de alcance planetario.

Esta comunicación global podría ayudar a romper las barreras más insuperables: las fronteras del espíritu. Podría sacarnos de nuestras pequeñas identidades convertidas a veces en trincheras imaginarias, y colocarnos en diálogo con todos los pueblos y culturas. Infortunadamente, la red comunicativa no siempre está al servicio de este intercambio, y medios como la televisión o la radio no siempre favorecen el acercamiento entre naciones vecinas y, por lo general, suelen proyectar una lectura de los acontecimientos mundiales muy acorde con la perspecti-

va y los intereses de las naciones más poderosas. Las naciones latinoamericanas, y muy en particular Colombia y Venezuela, están en mora de aprovechar esta formidable red comunicativa como un instrumento que facilite su acercamiento y conocimiento mutuo.

Ante la irrupción de una cultura global de masas de inspiración estadounidense, las identidades tradicionales tienden a reafirmarse o incluso a exacerbar su reacción defensiva. El fundamentalismo islámico es el caso más notorio, pero no el único. La globalización de la cultura de masas está dando lugar, en muchas partes, a un retorno hacia el pasado, hacia las raíces, a lo original y lo propio. En Venezuela y Colombia, este retorno, lejos de alejar a las naciones, encerrándolas en la reafirmación de un pasado demasiado reciente de separaciones y distancias, debería invitarlas a reavivar sus profundas raíces comunes y a recuperar su larga historia compartida.

2.4 Globalización y fragmentación social

La globalización de la economía, la política y las comunicaciones crea relaciones sociales transnacionales, tanto reales como imaginarias y virtuales, posibilitando así la emergencia aún nebulosa de una sociedad civil mundial y de un ciudadano cosmopolita. Amplias capas de población participan activamente en redes sociales que desbordan las fronteras nacionales. Es el caso de empresarios, profesionales independientes, académicos, artistas, deportistas, religiosos, dirigentes políticos, militares, miembros de sindicatos, movimientos de mujeres, Organizaciones No Gubernamentales (ONG), etc. Por otra parte, al menos como espectadores, todos participamos a través de los medios de comunicación en los acontecimientos mundiales o al menos en la lectura que de ellos hacen las grandes agencias noticiosas de los países centrales. En este sentido, la globalización va tejiendo una trama social de dimensiones globales. En suma, va gestando una difusa sociedad civil planetaria y un ciudadano del mundo.

Pero, al mismo tiempo, la globalización desarticula y fragmenta las sociedades nacionales. La exposición de las economías a la competencia global lleva a la quiebra a numerosas empresas, genera desempleo, obliga a reducir garantías laborales, elimina apoyos del Estado; excluye, en suma, amplios sectores de la población. De hecho, incrementa la exclusión económica y social de distintos sectores de población, más reducidos en las naciones del Norte y muy vastos en el Sur. La exclusión social contribuye al incremento de la delincuencia y de la criminalidad organizadas en todo el mundo. En los continentes de larga historia y de tradiciones muy arraigadas –como Asia, África y Europa– estas tensiones parecieran ser parcialmente canalizadas, a veces de manera violenta, a través de la movilización política de las identidades tradicionales; en las Américas pareciera que encuentran pocos caminos distintos al delito económico-social individual y al crimen organizado.

El auge del narcotráfico es apenas uno de los reflejos de esta situación. Si el tráfico de drogas no es asumido en toda su complejidad como un reto compartido por todas las naciones, y si no se le buscan soluciones adecuadas que respondan más equitativamente a los problemas de todos los países involucrados, podría convertirse en el más eficaz disolvente de las sociedades organizadas y, en particular, de las sociedades andinas.

2.5 El impacto sobre el Estado-nación

Acosado por las tendencias contradictorias hacia la integración y la fragmentación, el Estado-nación –base de las relaciones internacionales desde el siglo XV y punto de apoyo del sistema mundial desde el XIX– se enfrenta a un porvenir incierto. Por una parte, desplaza parte de sus atribuciones hacia los bloques regionales o incluso hacia instancias mundiales en las que se articula el poder económico y, por otra, se descentraliza políticamente hacia las localidades, donde busca su legitimación apoyándose en las microidentidades étnicas, culturales y sociales.

Sometido a esta presión contradictoria, el Estado-nación adquiere nuevas funciones. Se convierte en intermediario entre los intereses, con frecuencia contradictorios, de la población nacional y del capital transnacional y global. Al capital le ofrece estabilidad y seguridad, mientras a la población nacional le promete más empleo y mayores niveles de consumo. Este doble propósito, que funciona con algún éxito en las economías más fuertes, podría ir desarticulando al Estado en aquellos países que, por su atraso relativo, tienen mayores dificultades para lograr una inserción exitosa en los circuitos globales.

De este proceso podría emerger, en el largo plazo, una suerte de federalismo integrado en conjuntos supranacionales en donde la gran región sería el escenario del poder económico, mientras que en la localidad municipal se afirmarían políticamente las identidades locales. Este esquema quedaría, a su vez, encuadrado en una pirámide jerárquica de poder mundial, donde el supersoberano, con su consejo de soberanos, trazaría los destinos de soberanías limitadas y subalternas.

Sin embargo, la relativa esquizofrenia del poder político y del poder económico es fuente de inestabilidad y no podría perdurar por largo tiempo. La globalización y regionalización tendrán que hallar la manera de conjugarse con una redistribución económica que satisfaga las reivindicaciones de las poblaciones locales. Aun en ese nuevo sistema internacional, el tipo de relaciones tradicionales entre las naciones –basadas en la guerra y la paz– no parece pronto a desaparecer.

3. NUEVAS TENSIONES MUNDIALES

La globalización agrava la fragmentación y las consiguientes tensiones económicas, étnicas y culturales entre distintas nacionalidades o naciones, que se expresan ahora de formas nuevas.

3.1 Tensiones económicas

La globalización económica está aumentando los desequilibrios y tensiones en

todo el mundo. En primer lugar, ha agudizado la competencia tecnológica y comercial entre la Tríada del Norte (Estados Unidos, Japón y Europa occidental, sobre todo Alemania). Con todo, la imbricación recíproca de sus economías hace menos probable el conflicto abierto que en el pasado.

Agudiza, en segundo lugar, las tensiones Norte-Sur, creando cuatro grandes zonas de desequilibrio y tensión estratégica:

– La zona interamericana, delimitada por el Río Grande, que separa la América anglosajona de la América Latina y el Caribe. México fue integrado al NAFTA, desde 1993, como cordón de seguridad para Estados Unidos.

– La zona pacífica, que cuenta, por un lado, con Japón, que, desde hace ya algunas décadas, no renueva su población y, por otra, con gigantes en acelerado crecimiento pero afectados todavía por la miseria y la superpoblación (China y el subcontinente indio).

– El mediterráneo, conformado, al norte, por una Europa occidental oportuna y dotada de una fuerte estructura de protección social y, al sur, por regiones políticamente desequilibradas y de economía frágil, quebrantadas además por una extraordinaria exuberancia demográfica.

– Finalmente, la zona de mayor tensión norte global se ubica, sin duda, en el Medio Oriente, en razón de los inmensos recursos energéticos de la región, controlados por las potencias del Norte. A esta tensión geopolítica se suman los innumerables conflictos étnicos, culturales y religiosos existentes entre sus pueblos, fácilmente utilizables por intereses ajenos.

3.2 Tensiones sociales

Como resultado de los desequilibrios económicos y sociales generados por la globalización, de las presiones de la deuda y el ajuste desde los años ochenta, y de la crisis financiera internacional de los noventa, la situación social del Sur y del

Este continúa deteriorándose, sin que se avizoren aún alternativas. La crisis fiscal, financiera y monetaria asiática, de Rusia y de la mayor parte de América Latina a fines del siglo, ha deteriorado aún más las condiciones de vida de vastos sectores de población y ha conducido a algunos países, como Colombia, Venezuela o Ecuador, a un estado crítico de virtual implosión. El resultado inmediato de este aparente callejón sin salida es la descomposición del tejido social: crisis de la empresa tradicional, desempleo, delincuencia organizada. Puede conducir también a conflictos internos como el que padece Colombia, a cambios políticos bruscos como el que experimenta Venezuela, o a situaciones de crónica agitación social e inconformidad política como las que enfrenta Ecuador.

3.3 Conflictos territoriales

Del pasado colonial e imperial, el Sur y el Este heredaron una larga lista de pleitos territoriales e interestatales no resueltos. Por su capacidad para unir y movilizar a la nación, los conflictos limítrofes pueden ser fácilmente utilizados por dirigentes irresponsables para encubrir y desviar la atención de los problemas sociales y políticos internos, conduciendo en ocasiones a los países a guerras destructivas. Son los casos, muy diversos por cierto, de Serbia frente a Bosnia y Kosovo, de Irak y Kuwait, de India y Paquistán, de la guerra –por fortuna superada– entre Ecuador y Perú. Colombianos y venezolanos deben ejercer una celosa vigilancia ciudadana para que sus diferencias en asuntos limítrofes no sean nunca utilizadas para alimentar conflictos similares.

Por otra parte, algunas potencias medias, sometidas antes a la disciplina de bloques, podrían pretender ahora afirmar su hegemonía regional, sin excluir para ello la vía militar. Buscarían tomar así el relevo de los antiguos Estados patrones. Podría ser el caso de países como Irak en el Golfo, Israel y Siria en Oriente Medio, Rusia en relación con las antiguas Repúblicas de la Unión, India o Paquistán en el Suroeste del Asia, etc. Cada una de ellas

podría intervenir con tanta mayor fuerza cuanto menor es el peligro de provocar la confrontación entre superpotencias. Y el riesgo nuclear no está ausente de algunos de estos enfrentamientos.

3.4 Conflictos temáticos entre el Norte y el Sur

Las tensiones del actual sistema internacional tienen también una definición temática. Ni el Sur ni el Este están en condiciones de darle salida a sus tensiones con el Norte mediante conflictos interestatales. Su limitado poder y su dependencia económica les impiden hacerlo. Por ello, las dificultades creadas por la globalización tienden a expresarse, más bien, mediante diversos tipos de reacciones societarias, más que estatales.

Tres de estas expresiones son espontáneas y de carácter masivo: emigración al Norte, presión sobre recursos naturales de interés global y tráficos ilícitos. La cuarta puede ser la reacción política premeditada de minorías clandestinas: el terrorismo internacional. Estas reacciones defensivas que surgen en el Sur provocan, a su vez, medidas preventivas o retaliatorias de las potencias industriales.

En efecto, los enormes desequilibrios económicos y demográficos entre el Norte y el Sur están produciendo uno de los mayores desplazamientos migratorios de la historia. Pero la migración masiva está generando, a su vez, tensiones internas en los países del Norte y tensiones entre éstos y el Sur. Los migrantes se enfrentan a fuertes barreras culturales, a las cuales se suma una aguda competencia por el empleo escaso, sobre todo en Europa. Las tensiones que esta situación genera van incentivando polarización social y política en las potencias nórdicas. Renacen el racismo y la discriminación. En Europa occidental ha revivido, en diversos momentos, la extrema derecha. Se cierran las fronteras y se introducen criterios selectivos de inmigración. La globalización, que presiona por la libre circulación de personas, capitales y bienes del Norte hacia el Sur y hacia el Este, tiende a excluir la circulación de personas en sentido inverso.

El segundo tipo de tensión se deriva de la presión ejercida por los países y poblaciones más pobres del Sur sobre recursos naturales que interesan al Norte y, en particular, sobre los recursos energéticos más simples, como los bosques, que regeneran el aire y las aguas del planeta. Espacialmente sensible resulta, para los países industrializados, el futuro de la Amazonia, en el que están directamente involucrados Venezuela y Colombia. Nadie niega la bondad de la preservación de los bosques, pero es un manifiesto desequilibrio que mientras el Norte no modifica su modelo de consumo y en el mejor de los casos paga por contaminar, el Sur deba abastecer al planeta del aire que el Norte contamina, inhibiendo para ello sus planes de desarrollo.

Finalmente, amplios sectores del Sur parecen insertarse en la globalización mediante distintas formas de comercio ilícito. Es el caso, sobre todo, del tráfico de drogas y el contrabando y, en escala menos significativa, de la trata de blancas, la exportación de infantes, el tráfico de órganos humanos, etc. El "narcotráfico" tiende a aumentar en proporción a las dificultades que experimentan las economías legales del Sur para modernizarse, crecer y penetrar en los mercados internacionales, y por tratarse de un negocio ilegal y altamente rentable, es una fuente inagotable de violencia y corrupción. Algunos de estos tráficos son estimulados o cuentan con la complicidad de mafias del Norte y muchos de ellos están ligados a uno mucho más letal, que viene del Norte hacia el Sur: el tráfico de armas. Gracias a las armas, los demás tráficos adquieren un impredecible poder destructor.

Washington ha reaccionado, a partir de 1988, aplicándole al narcotráfico el mismo esquema utilizado contra el comunismo durante la posguerra: la estrategia de seguridad nacional. Lo ha convertido así en el nuevo "enemigo interno", promoviéndolo a la condición de amenaza mundial e involucrando a todas las naciones del Norte en la lucha contra él. Estados Unidos busca comprometer también en una respuesta militar

a todas las fuerzas armadas de la región andina. De hecho, ya ha creado, equipado y entrenado un batallón de mil hombres bien armados en Colombia y se propone adiestrar y preparar otros batallones similares. El narcotráfico se ha transformado, así, en un nuevo pretexto para variadas formas de injerencia norteamericana en el subcontinente.

A estas reacciones masivas del Sur se suma otra más, adelantada por reducidos grupos clandestinos: el terrorismo internacional. Hasta ahora, los ataques terroristas han sido llevados a cabo por grupos fundamentalistas islámicos, sobre todo contra objetivos norteamericanos, franceses e israelíes. Pero no es imposible que, en el próximo futuro, este fenómeno se extienda aun más, e involucre a otras minorías que se sientan ignoradas, perseguidas o humilladas por las grandes potencias occidentales. Si se tiene en cuenta la creciente disponibilidad de armamento sofisticado en los mercados negros del mundo, este peligro no es despreciable.

4. VENEZUELA Y COLOMBIA EN EL CONTEXTO GLOBAL

De manera aislada, ningún país "emergente" podrá hacer frente con éxito a la globalización en curso. Las naciones andinas y América Latina, en general, parecen estar ante la imperiosa alternativa de integrarse entre sí y negociar, luego, mancomunadamente, una vinculación ventajosa a los mercados del Norte, o quedar reducidos a la búsqueda afanosa de una incorporación solitaria y asimétrica a una economía mayor.

Las dificultades económicas, sociales y políticas, que agobian a finales de los noventa a la CAN, entraban los procesos de integración entre sus miembros. La apertura y el entrelazamiento de sus economías parecen generar, en el corto plazo, problemas y retos mayores que aquejan a los que pretenden resolver. Pero en la medida en que retrasan su integración recíproca, más se acercan a su absorción unilateral y profundamente asimétrica por la economía norteamericana.

Durante la Colonia, las poblaciones de Colombia y Venezuela compartieron una historia común de más de 300 años. Después de la Independencia, conformaron una sola nación entre 1810 y 1830. Hoy tienen una frontera viva de más de 2.000 km. Poseen unas raíces étnicas muy similares, una misma lengua, una tradición religiosa común y una cultura semejante. Sus economías son relativamente complementarias y se han entrelazado mucho más durante la última década. Frente a un eventual proceso de integración, se encuentran en condiciones mucho más ventajosas que las que tenían, a mediados del siglo, los países de la Unión Europea.

El reconocimiento de esta herencia común no nos hace olvidar ni minusvalorar las dificultades y retos que enfrenta la integración recíproca. Es un hecho que la historia económica, social y política de los últimos 170 años ha profundizado diferencias institucionales y culturales entre las dos naciones, algunas de las cuales tenían ya sus raíces en la

etapa colonial. De esa historia no han estado ausentes, como todos lo sabemos, las fricciones periódicas y el influjo negativo de los estereotipos recíprocos. A esto se añaden las crisis internas que hoy enfrentan tanto Colombia como Venezuela, y que recortan la capacidad de maniobra de sus sociedades y gobiernos. Con todo, son mayores las interdependencias y los lazos que los unen, sus semejanzas y coincidencias que sus diferencias.

Unidos o estratégicamente coordinados, Venezuela y Colombia pueden dinamizar, hacia el Sur, a la CAN y el acuerdo de ésta con el Mercosur, y hacia el Norte, otras asociaciones, como el G-3 y la Asociación de Estados del Caribe. Sólo mediante un proceso audaz y dinámico de integración bilateral, subregional y regional, Colombia y Venezuela estarán en condiciones de superar sus crisis actuales, de realizar las profundas transformaciones que ambas requieren y de enfrentar con éxito los inmensos retos de la globalización.

